

# BREVE ESTUDIO CRITICO DEL MARXISMO

(Conclusión)

Por

Luis BRAVO Bravo  
Capitán de Navío, Armada de Chile

## El Marxismo posterior a Lenin



**D**ESPUES DE Lenin, sólo dos hombres han tenido alguna influencia en la doctrina comunista: ellos son Stalin y Mao Tse Tung. José Vissarionovich Stalin (1879-1953), cuyo verdadero apellido era Djughashvili, nació en Gori, Georgia, de humilde familia, ya que su padre era zapatero de oficio. Llevó desde joven una agitada vida de revolucionario y fue encarcelado con frecuencia y deportado a Siberia. Allí se encontraba a la caída del zar en 1917, y más tarde formó parte del primer gobierno de Lenin. Al suceder a éste, Stalin se dispuso a concentrar todo el poder en sus manos, lo que requería obviamente la anulación de los gobiernos locales de las diferentes repúblicas que componían la "Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas", vale decir, la abolición de la autonomía política, cultural y económica de cada una de ellas. Alcanzar este propósito le llevó 9 años durante los cuales se realizó la industrialización y colectivización, a costa de millones de vidas humanas, acompañadas de feroces purgas

dentro del partido, en las que pereció el núcleo principal de los viejos compañeros de Lenin. Así, en lugar de desaparecer el estado como Marx había predicado y Lenin creído, revivió la autocracia, única forma de gobierno que los rusos habían conocido siempre.

Para la mayoría de los comunistas, Stalin ocupa un lugar al lado de sus predecesores, y han llegado a considerarlo como uno de los padres del comunismo junto con Marx, Engels y Lenin. Sin embargo, más que un pensador, fue un hombre de acción.

Su obra más difundida es "Materialismo Dialéctico y Materialismo Histórico", publicada como texto básico para el estudio del comunismo. A partir de ella, lo que para Marx, Engels o Lenin era una doctrina viva en perpetuo desarrollo, se convirtió en un conjunto de nociones abstractas, rígidas e inmutables, impuestas dogmáticamente. Nació así una "doctrina oficial", de la que no se permitía la más leve desviación a los pensadores comunistas, quienes debían limitarse a repetir, servilmente, los conceptos del jefe supremo, el cual pretendía poseer no sólo la



José Vissarionovich Stalin (1879-1953)

suma del poder, sino también el patrimonio de la verdad. Jamás gobierno dictatorial alguno había llegado tan lejos en la humillación de sus súbditos. Una mirada retrospectiva al gobierno de los zares, derribado por despótico, permite concluir que se daba aquí con amarga exactitud el adagio popular de que "el remedio estaba resultando peor que la enfermedad".

Según la doctrina marxista, el estado socialista proletario es sólo una etapa de transición hacia la sociedad sin clases y sin estado en el sentido tradicional del término. Sin embargo, el nuevo estado staliniano se hizo más fuerte, más exigente y más universal en su poder que cualquier forma anterior de estado, incluida la autocracia monárquica rusa en sus mejores tiempos, y no da señales de extinguirse, según la terminología oficial comunista; todo parece indicar que los herederos de Stalin harán cuanto esté a su alcance para mantener este inmenso poderío estatal. Esto se aplica también a los

restantes países comunistas de Europa, Asia y América.

El primer rasgo del estado staliniano es el ser una potencia capitalista. En efecto, aunque en la concepción de Marx la clase proletaria estaba destinada a ser la propietaria de los medios de producción y distribución estatizados, lo que realmente sucedió en Rusia, y después en todos los demás estados comunistas, es que el dominio y administración de éstos quedó exclusivamente en manos de los gobernantes; la planificación de la producción, así como las inversiones y la fijación de salarios quedó centralizada en el gobierno y el partido, difundiéndose a través de los famosos "Planes Quinquenales", y a los obreros sólo les quedó la "libertad de cumplir" los objetivos fijados por el plan respectivo.

Los sindicatos también pasaron a ser instituciones meramente formales, sin poder alguno en asuntos de real importancia para sus afiliados.

El salario, punto de partida de las enajenaciones, según Marx, existía y existe aún, aunque se trate de camuflar bajo el nombre de "participación en los bienes económicos de la sociedad"; así el régimen soviético fue y es sólo un engaño para la clase trabajadora que vive bajo su yugo en iguales condiciones que en cualquier país capitalista, pero con menos libertad.

Además, como los reales dueños de los medios de producción son una pequeña minoría de "dirigentes", se formó, en efecto, una verdadera "nueva clase" con características y privilegios semejantes a los de aquella dominante de los países capitalistas burgueses.

Y finalmente, como todo el poder económico y político se concentró en manos del gobierno y del partido, inevitablemente aquél se transformó en totalitario y despótico; la soñada dictadura del proletariado se convirtió en la dictadura unipersonal del jefe del partido, llegando el estado staliniano a ser, por la absoluta falta de libertad para los particulares, la expresión máxima del totalitarismo colectivista. Esto constituye sin duda una traición a los ideales de Marx. Sin embargo, no es la única, ni la más grave. En efecto: uno de los dogmas del movimiento comunista era, y sigue siéndolo "oficialmente", el internacionalismo proletario (¡Proletarios del mundo, uníos!), y si bien la propaganda oficial rusa sigue aún hablando de él y de la necesidad de la revolución mundial, es innegable también que Stalin en su afán de hacer de la URSS una potencia mundial comenzó una verdadera política imperialista comparable sólo a la de los antiguos zares, y es así que hoy la URSS ha llegado a ser la segunda potencia de nuestro planeta.

Stalin practicó una política de anexión de regiones vecinas y de consolidación de las conquistas hechas por los zares en vastas regiones de China, motivando las actuales disputas fronterizas entre ambos colores marxistas. Las restantes naciones "hermanas" marxistas tuvieron que pagar bastante caro a veces su buena fe en la "hermana mayor".

Como los mismos marxistas lo han reconocido, el régimen staliniano, colectivista y totalitario, representa la cumbre de la evolución del comunismo mundial, y contiene en sí los gérmenes de la futura división del movimiento y de su debilita-

miento. Pero esta culminación dista mucho de ser la que soñó el fundador del movimiento.

En general, la concepción staliniana fue adoptada después por otros países comunistas, y ha llevado a sus dirigentes a considerarse tan infalibles como su modelo, a consecuencia de lo cual en lugar de ser un movimiento monolítico mundial, coexisten hoy tres o cuatro formas de comunismo, que, o bien se combaten entre sí, o al menos se consideran tan legítimas e importantes como el régimen soviético.

### El Comunismo Nacional

La idea de "comunismo nacional" carecía de significado hasta el final de la II Guerra Mundial. En realidad, conforme al marxismo ortodoxo, no tendría sentido hablar de un comunismo nacional cuya concepción no resulta conciliable con la idea de universalidad del proletariado y de eliminación de la organización burguesa llamada "estado", ese instrumento de la violencia organizada, idealizado en las palabras "patria" o "nación", sin embargo, el modelo staliniano del dictador marxista, universalmente aceptado, fue una de las causas de este fenómeno teóricamente inexplicable.

La idea nació del choque entre Yugoslavia y la Unión Soviética, a causa del cautiverio infamante en que mantuvo a ése y otros países europeos en una época de emancipación colonial a nivel mundial. Los dirigentes soviéticos tuvieron que aceptar el derecho de los dirigentes yugoslavos a consolidarse y a constituir un sistema comunista a su modo. Así, el principio del comunismo nacional fue reconocido oficialmente, y Tito se convirtió en la personalidad más importante del comunismo contemporáneo.

Hoy, este fenómeno se ha generalizado en el mundo marxista, al extremo que casi todos los movimientos comunistas, con la excepción quizás única de la Unión Soviética, son nacionalistas, y en algunos casos, como el de la China, antagónicos al régimen soviético.

No cabe duda alguna que para un marxista ortodoxo el comunismo nacional es una herejía. Su naturaleza es la misma que la del comunismo soviético, pero aspira a diferenciarse por algo propio: la nacionalidad. En realidad es el comunismo en decadencia.

Dentro de este orden de ideas, el caso del comunismo chino merece un párrafo aparte por las siguientes razones:

- La propia naturaleza de China, que alberga a más de un tercio de la especie humana.
- Las acentuadas diferencias ideológicas entre el comunismo chino y soviético que en el fondo encubren una lucha por el liderazgo del mundo marxista.
- El problema geopolítico del Asia chino-soviética, que ya comienza a hacerse más que evidente, y que convierte a ambos colosos en enemigos potenciales.
- La personalidad del líder chino: Mao Tse Tung, quien ocupa entre los escritores marxistas un relevante sitio, junto a Stalin, Lenin, Engels, o aun el mismo Marx.

El Presidente Mao Tse Tung nació en 1893 y falleció en 1976. Su vida activa

en la política china la inició cuando sólo contaba con 18 años de edad, en 1911, época en que luchó al lado de Sun Yat Sen, el fundador de la República China.

En 1921 participó en Shanghai en la fundación del Partido Comunista Chino, luego que los comunistas, unidos en el Kuomintang, abatieron el poder de los militaristas del norte. Mao organizó un ejército de campesinos en contra de Chiang Kai Shek; entre 1937 y 1943 luchó contra los japoneses invasores, y desde 1942 fue Presidente del Partido Comunista Chino. En 1949 los rojos, encabezados por Mao, dominaron virtualmente toda la China, y Chiang Kai Shek se vio obligado a refugiarse en la Isla de Formosa, donde fundó la República Nacionalista China. Los comunistas proclamaron entonces la República Popular China, con Pekín como capital, y Mao Tse Tung fue elegido Presidente del Consejo Nacional y Jefe Ejecutivo de la República. Renun-



Mao Tse Tung (1893-1976)

ció a este cargo en 1959, pero hasta su muerte conservó el de Presidente del Partido Comunista Chino.

En cualquier caso, Mao fue el amo indiscutido de la China Continental durante los últimos 40 años, ostentando un poder absoluto en el más amplio sentido de la palabra, comparable sólo al de Stalin. Ha escrito profusamente, y se conocen de él numerosas obras traducidas a casi todos los idiomas occidentales.

Quizás la más famosa sea el "Libro Rojo", o más propiamente "Citas del Presidente Mao Tse Tung sobre la Guerra Popular". Otras no tan conocidas, pero de gran importancia en el pensamiento marxista, son "Obras Escogidas" y "Cuatro Tesis Filosóficas".

Mao agrega nuevas ideas a la doctrina marxista tradicional, pero ellas no tienen ya la validez universal del pensamiento de Marx, sino que son más bien adaptaciones de la idea inicial a la realidad china o, cuando más, asiática.

Introduce en efecto un concepto nuevo y sorprendente de "nación" y "raza" al pensamiento tradicional, al afirmar que así como hay en nuestro mundo injusto hombres ricos y pobres, burgueses y proletarios, esta realidad cruel no sólo existe entre los seres humanos como entes individuales, sino que se hace extensiva también a las naciones y razas; y así hay naciones ricas y naciones pobres, razas burguesas y razas proletarias. Entre las ricas están los Estados Unidos, y entre las pobres su propio país: la China; en tanto que como raza burguesa puede clasificarse la raza blanca, y como razas proletarias todas las restantes.

Este planteamiento, está destinado a atraer hacia el comunismo, liderado por China, al gran mundo asiático; pero hace perder al marxismo no sólo su concepción original sino su universalismo, y nos hace pensar que "mucho agua ha pasado bajo los puentes entre Marx y Mao". No pretendemos aquí discutir ni cuestionar los pensamientos filosóficos de Mao Tse Tung, puesto que ello trasciende los límites de este artículo, limitándonos a establecer que, no siendo ya de aplicación universal, y no concerniendo específicamente a nuestro caso nacional, omitiremos considerarlos en nuestras reflexiones futuras. Sin embargo, a fin de llegar, en la medida de nuestros alcances, a un en-

juiciamiento del marxismo, no podemos pasar por alto un análisis, aunque somero, de lo ocurrido en China desde que el marxismo se transformó en "ideología dominante", por paradójal que ello parezca, no gracias a la fuerza de las ideas, sino por la de las armas.

El comunismo chino tiene características absolutamente exclusivas. En primer término, en China no existía, en la época de instauración del régimen de Mao, un proletariado industrial digno de tal nombre; así pues, contrariando una vez más las predicciones de Marx, el marxismo debió instaurarse basándose en el campesinado, puesto que China era y aún es, un país predominantemente agrícola. Pero el campesinado chino era notablemente ignorante y conformista, y por lo tanto no muy apropiado para servir de base e instrumento principal de la gran revolución marxista.

Así, no quedó a Mao sino el artificio de crear el "Ejército Popular", vale decir, transformó a los campesinos en soldados (o al menos en milicias), con lo que, si bien no pudo brindarles instrucción para rebelarse, logró al menos darles la disciplina necesaria para actuar en favor de la idea con mejores medios y superior organización a la que hubiera tenido un campesinado más combativo y culto.

Por tanto, la base del movimiento revolucionario chino es el Ejército Popular, lo que brinda al marxismo chino sus peculiares características que lo diferencian, con creces, de cualquier otro.

Ello está explícitamente reconocido en las páginas finales del mundialmente famoso Libro Rojo de Mao, en las siguientes palabras textuales: "Armado con el pensamiento de Mao Tse Tung, el Ejército Popular de Liberación de China ha cumplido su grandioso papel de pilar de la dictadura del proletariado en la sin precedente gran revolución cultural proletaria, y ha rendido nuevos servicios meritorios; al mismo tiempo, se ha educado, forjado y ha sido puesto a prueba en las tormentas de esta gran revolución... etc."

Bueno, ¿pero cuál es la realidad en China Comunista? Sabemos poco o nada respecto a la dictadura china; la "cortina de hierro" parece ser mucho más penetrable que la "cortina de bambú", ¿o es que en el "Paraíso Chino" no existe la

opresión del hombre por el hombre como en el "Paraíso Soviético"? Veamos: a partir de septiembre de 1949, y antes que la conquista de la China por los rojos alcanzara proyecciones continentales, se estableció el régimen comunista de Pekín, bajo la denominación de República Popular China. Desde entonces, y a través del engranaje de Juntas Directivas del Partido Comunista Chino y la República Popular China, la oligarquía del partido es la que en realidad controla el gobierno, y a través de él al "pueblo". Este comprende a comunistas y no comunistas, que supuestamente gozan también de derechos civiles y políticos. La cruda realidad es que los últimos son meramente proscritos, seres al margen de la sociedad en que viven, ya que los derechos civiles y políticos de que el "pueblo" disfruta están limitados de hecho a quienes obedecen sumisamente a la dictadura; el resto, por definición, al ser "anticomunistas" no puede poseer ningún derecho civil, ya que en la República Popular China los derechos civiles descansan en la total integración de los procesos político y judicial, con subordinación del segundo al primero.

Pero mucho más patético aún que el sistema político imperante en China, es el sistema económico, acelerado por los ya conocidos planes quinquenales. Es indudable que la producción en China Comunista ha aumentado extraordinariamente en la última década, mientras que el consumo ha descendido a los niveles más bajos de la historia del país.

El precio en pauperización colectiva ha sido enorme, aun para un pueblo como el chino, acostumbrado a niveles muy bajos de vida.

Las organizaciones de masas son una importante característica del mecanismo de control del Partido Comunista Chino; muchas de ellas han sido especialmente creadas con el fin indisimulado de apoyar al partido, pero todas lo hacen en el fondo, y activamente, cualquiera sea su objetivo principal ostensible. Su finalidad principal, en todos los casos, es cooperar en la labor de subordinación de los intereses individuales y de grupo a los del Estado.

En cuanto a la regimentación del pensamiento, ésta siempre ha tenido en Chi-

na al terror como noción última. El terror tiene, en realidad, un significado ideológico en sí, en relación con la índole guerrera del comunismo, que sostiene que el fin último de la política es el exterminio de la oposición. Dar a esta amenaza un significado real es la misión del vasto y complejo sistema policial chino, cuyos tentáculos llegan hasta rincones al parecer inalcanzables; todo ello naturalmente controlado por el partido, que se ocupa de que todo aquel que de algún modo se resista a la persuasión y a la propaganda sea tratado como "contra-revolucionario" y "reaccionario". La pena mínima para este delito es la internación en un campo de trabajos forzados similares a los de la Unión Soviética, y para los "irrecuperables", la regla es la ejecución, con juicio o sin él, diferencia que carece de significación, ya que éste no pasa de ser una mera formalidad. En cuanto a los medios de comunicación de masas, el éxito o fracaso de los esfuerzos propagandísticos del gobierno no dependen ni del atractivo intrínseco de la propaganda como tampoco de los métodos de adoctrinamiento; sino, fundamentalmente, de las medidas punitivas escogidas para los que resisten. Obviamente, todos los medios de difusión están en forma irrestricta al servicio del partido.

Hasta aquí el asunto es simple; no cabe duda que la propaganda es eso: propaganda, y nada más. Donde comienza la dificultad es en la educación, pues no resulta sencillo diferenciar educación de regimentación ideológica. En el sistema occidental, educación es la transmisión de conocimientos técnicos, pero en la China Comunista ella lleva además implícito el papel de agente de adoctrinamiento político, el que se hace presente aun en los problemas exclusivamente educacionales, tales como erradicación del analfabetismo, reforma del lenguaje y la escritura, construcción de establecimientos educacionales, etc. Todo lleva una cubierta política de la que no es posible desprenderse y que todo lo envuelve.

La Revolución Agraria en la China Comunista, realizada entre 1949 y 1959, merece un comentario aparte, no por constituir una obra maestra de justicia social, como sería de esperar, sino por su intrínseca crueldad, que la transforma en una de las mayores estafas sociales colectivas

de la historia. La reforma agraria china, hecha por ley en 1950, propugnó la redistribución de la tierra, y fue aplicada de tal modo que en un principio dejó hasta a los terratenientes tierra suficiente para mantener con su trabajo a una familia, sin tocar posesiones de tamaño mediano. Pero la ilusión de justicia social sólo duró unos pocos meses, y ya para octubre de ese mismo año se comenzó a privar a los dueños de todas sus posesiones, grandes, medianas, o aun pequeñas; ya más avanzado el proceso, hubo manifestaciones populares, denuncias, etc., pero de nada sirvieron; unos cuantos juicios rápidos y simulados culminaron con el asesinato de terratenientes y la distribución de tierras en gran escala.

El resultado fue un gran aumento de los pequeños chacareros que apenas lograban obtener de la tierra el mínimo indispensable para subsistir. Además, como el gobierno podía gravarlos con impuestos y requisarles cuanto estimara conveniente de sus cosechas, hasta el punto de llevarlos casi a la inanición, estallaron nuevas revueltas, las que fueron sofocadas, y la producción "per capita" cayó ostensiblemente.

Abonado ya el terreno, en 1955 se dio el paso siguiente: la "comunalización". Se instituyó así la producción cooperativa bajo cuyo régimen las granjas fueron consolidadas en comunas en las que los granjeros percibían por su trabajo una remuneración no muy sustanciosa, y la propiedad privada fue abolida. Se echaron abajo las viviendas de los campesinos y las familias fueron transferidas a dormitorios colectivos, donde literalmente sólo poseían lo puesto y ni siquiera tenían derecho a la privacidad. Comían en comedores comunes y sus hijos eran cuidados en guarderías comunales. El ser humano era denigrado así a la categoría de rebaño: en un pesebre común, mientras las crías se mantenían aparte, en otro establo; crueldad que no se compadece con aquella frase del "Manifiesto Comunista", según la cual Marx visualizó que en su soñada sociedad fraterna: "el libre desarrollo de cada uno sería la condición del libre desarrollo de todos".

Los mismos chinos indican que más de 100.000 familias campesinas fueron "comunalizadas" (¿o animalizadas?) de este modo. Cabe preguntarse: ¿qué preten-

dían con esto los comunistas chinos? La respuesta es compleja, no por su dificultad, sino por sus múltiples respuestas: en primer término podemos decir que la medida es utilitaria, luego cruel, cínica, inteligente, efectiva (para sus fines), dramática (en todo su amplio significado), drástica, genial, maquiavélica, etc.

En primer término, se obtiene economía, pues al eliminar viviendas familiares y albergar al campesinado en barracas se gana tierra para el cultivo; luego se economiza en el transporte y elaboración del alimento, por cuanto muchas manos que de otra forma tendrían que dedicarse a tareas domésticas, pueden ir ahora a las fábricas. Secundariamente, este sistema simplifica el control de la producción y la recolección de cosechas; pero lo más efectivo del sistema, y a la vez lo más siniestro, es la completa anulación que logra de la intimidad e individualidad de cada ser humano en pro de la integración comunista y del ilimitado servicio al estado y al partido. En términos simples: la animalización del hombre, puesto que entre los fines perseguidos por la República Popular China y una colmena de abejas hay una gran semejanza; el insecto es nada ante el bien colectivo de la colmena, y los únicos derechos realmente válidos son los de esta última; el ser individual debe mimetizarse y desaparecer absorbido por el ser colectivo. La única diferencia entre la China Comunista y la colmena de abejas parece ser, hasta ahora, que los chinos aún no han aprendido a fabricar miel.

En cuanto a la religión, las relaciones con los representantes de todas las religiones han sido tensas y duras. Los cristianos debieron abandonar China, y los que no lo hicieron fueron detenidos y por lo general condenados por supuestos delitos que iban desde el espionaje hasta el asesinato de niños de corta edad; así muchos fueron expulsados, y otros murieron en cautiverio. En otros credos se establecieron las llamadas "iglesias reformadas", utilizadas por el régimen para promoción de la ideología comunista, precio que debían pagar por una subsistencia opaca, insegura y precaria.

Entre el comunismo y toda religión existe un antagonismo básico, que es preciso recordar y tener en cuenta; la religión, por su naturaleza, es un asunto individual y personal, y el comunismo pro-



Josip Broz (Tito)

pugna la abolición de la personalidad individual en pro de su sometimiento total al estado y al partido, de ahí que el comunismo no pueda tolerar religión alguna, que en el fondo es una relación personal entre el individuo y Dios, sin considerar la génesis filosófica de ambas tendencias, la una materialista y la otra meramente espiritual. En este aspecto las medidas aplicadas por China para destruir si no a Dios, al menos su imagen entre los hombres, han sido mucho más despiadadas que en la misma URSS.

En lo referente al culto a la personalidad del dictador, China nada tiene que envidiar a la URSS de Stalin, pues Mao llegó a ser un ente "suprahumano".

Si a Marx le fuera dado volver a vivir ¿qué pensaría de Stalin y de Mao, de Tito y Fidel Castro, y de los regímenes por ellos impuestos?

## EPILOGO

Hasta aquí hemos relatado lo que ha sucedido desde que Marx concibió sus teorías socialistas hace más de un siglo, analizando sus ideas y las consecuencias que su aplicación ha tenido para el mundo.

Ahora pretendemos atisbar algo del futuro; asomarnos un poco hacia el porvenir, por el sencillo método de prolongar hacia el mañana las líneas generales de una evolución que hoy ya es perceptible; pero tal pretensión tiene sólo el valor de una especulación, por cuanto nuestra proyección hacia el futuro tiene un fuerte componente de extrapolación.

Pero, ¿a qué viene este afán de predecir el mañana? ¿Para qué anticiparnos al devenir inexorable del tiempo y tratar de saber hoy la "historia del futuro"?

Porque el marxismo, o su expresión política vigente, el comunismo, representan para nosotros un tremendo peligro. En efecto, amenazan el mayor y el más sagrado de nuestros patrimonios: nuestra civilización cristiana occidental.

En este aspecto el marxismo sólo puede ser comparado al islamismo de hace más de 10 siglos; y tal como a éste es posible considerar al marxismo como una religión pagana, en la que el "becerro de oro" bíblico ha sido reemplazado por el "proletario", al que se supone depositario de todos los poderes, derechos y facultades sobrehumanas que los antiguos paganos atribuían a sus ídolos.

En el islamismo la religión se trocó en política; en el marxismo la política se ha transformado en religión. Ambos tienen en común la creación de gobiernos totalitarios y esclavizantes; una verdadera "teocracia", en la que gobierna con poder omnímodo la "casta sacerdotal", llámese "califas" en un sistema, o "jerarcas del partido" en el otro. Ambos llevan, por otra parte, una fuerte política imperialista que predica el empleo de las armas contra los no creyentes, "infiel" en un caso, "burgueses" en el otro, denominándolo "guerra santa" el Islam, y "guerra revolucionaria" el marxismo. Pero la similitud va más lejos aún, ya que debemos reconocer que nunca, desde el islamismo hasta ahora, con el advenimiento del comunismo, nuestra civilización cristiana occidental ha enfrentado un peligro mayor.

Para corroborar lo anterior reproducimos, sin comentario alguno, las ideas de un marxista de bastante renombre: el diplomático Mauricio Paleologue. Nos dice allá en la década del 30: "Si los pueblos no quieren comprender la ley santa de justicia y fraternidad que ha promulgado Lenin desde el Sinaí de Moscú, si se obstinan en la innoble adoración del vellocino de oro, si no tienen coraje para derrocar gobiernos burgueses y romper sus cadenas, pues bien, se empleará contra ellos la fuerza, la violencia; se les impondrá el Evangelio nuevo que debe asegurarles la felicidad".

El islamismo fue derrotado hace mil años. Primero ideológicamente, y luego, en el campo de batalla. Vencido por las armas y las ideas, en verdad quien derrotó al islamismo fue el cristianismo; un cristianismo puro, fuerte, ferviente y uni-

ficado que era precisamente la característica de la civilización cristiana occidental de entonces.

Pero mucha agua ha pasado bajo los puentes, desde Poitiers, y el cristianismo actual no es ya lo que fue. En primer término no es el bloque monolítico regido desde Roma: cismas históricos lo han dividido, perdiendo así la fuerza de la unión; en segundo lugar, su ascendiente sobre los creyentes tampoco es el mismo, puesto que el hombre moderno ha trocado fe por progreso y espiritualidad por confort. Y finalmente, lo que es peor, el marxismo ha logrado penetrar al cristianismo, cosa que jamás ocurrió en la época del Islam. Pero ¿cómo puede haber sucedido algo semejante? Parece imposible y sin embargo es verdad, pues al fin de cuentas el "proletario", ídolo del comunismo, resulta ser muy parecido al "prójimo" del cristianismo.

Los Diez Mandamientos de la Ley Moisaica, que heredó el cristianismo, pueden ser resumidos en un solo "Gran Mandamiento". "Ama a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

Como Jehová sabía que la memoria del hombre es frágil, nos cuenta la Biblia que entregó a Moisés, en el mismo Monte Sinaí, los Diez Mandamientos grabados en piedra, símbolo de eternidad, conocidos como "Tablas de la Ley". Sin embargo, el hombre, torpemente, perdió las Tablas de la Ley, que hoy sólo son un recuerdo; y al perderlas olvidó también la primera parte del gran mandamiento referida a Dios. El marxismo pagano utilizó en su provecho este olvido, "humanizando" al cristianismo, alejándolo de Dios y tratando de convertirlo en una "religión atea", lo cual parece un disparate, pero no lo es tanto.

A esta altura de la exposición se hace necesaria una pequeña explicación. Para el cristiano la cruz es el símbolo de la teología tradicional: su tronco, es decir el madero vertical, precisamente el más grande, simboliza el amor de Dios al hombre y el amor del hombre a Dios; mientras que sus brazos, es decir, el madero horizontal, el más pequeño, indica la consecuencia de ese amor: su proyección hacia el prójimo; amar a Dios en el prójimo. El cristianismo actual, alejado de Dios por la penetración marxista, olvidó el madero vertical de la cruz (olvi-

dó cómo es la cruz, su símbolo por excelencia) y a lo que quedó lo denominó "cristianismo horizontal". La teología cristiana ha sido siempre "teocéntrica", la nueva teología pasó a ser "antropocéntrica". El cristianismo así concebido, al olvidar a Dios o, al reemplazarlo en su sitio de honor por el hombre, llámese a éste "prójimo" o "proletario", obviamente dejó de ser una religión, pasando simplemente a la categoría de ideología política.

Cuando este concepto es aceptado, o mejor dicho cuando se asimila este "lavado de cerebro" (y de hecho es aceptado, aparentemente sin problemas de conciencia por laicos, clérigos y aun algunos obispos), el individuo se encuentra listo para "comulgar con ruedas de carreta", o sea, para aceptar que tanto el marxismo como el cristianismo persiguen un fin común: la felicidad del ser humano; y por lo tanto los cristianos deberían colaborar con los marxistas en lugar de combatirlos, lo que para cualquiera persona, no ya piadosa, sino medianamente inteligente y dotada de un mínimo de cultura, sería inaceptable. Olvidan, quienes comulgan con tales ideas, que el cristianismo es esencialmente espiritual, y en cambio el marxismo es esencialmente materialista, luego ambas concepciones son filosóficamente antagónicas. Olvidan que el marxismo fue condenado por la Iglesia Católica como "intrínsecamente perverso" y al aceptar colaborar con los marxistas para construir lo que se ha dado en llamar el "Reino de Dios en la Tierra" (que resulta ser extraordinariamente similar a la soñada sociedad comunista del futuro) tales cristianos olvidan las palabras del mismo Cristo: "Mi reino no es de este mundo".

Si recordamos los conceptos esbozados al comienzo de este artículo, Marx tenía razón; el cristianismo es "alienante" para el materialista, ya que induce al hombre a aceptar con resignación las miserias y sufrimientos de la hora presente, de este mundo, el mundo material, por cuanto ellos constituirán otros tantos méritos para alcanzar la felicidad eterna en el otro mundo, en el espiritual, en el "más allá". La doctrina de Cristo no pretende, pues, la felicidad del hombre aquí, en este "valle de lágrimas", usando la expresión tradicional de las oraciones cristianas. La doctrina de Marx, en cambio (al menos

en su concepción original) pretende sólo la felicidad del hombre aquí, en este mundo, en el mundo material presente, el único real para ellos.

Pensar que hay algo en común en ambas concepciones equivale a aceptar que existe similitud entre el "Manifiesto Comunista" y el "Sermón de la Montaña".

Cristo mismo lo dijo, pero hace ya dos mil años, y su voz, para muchos, parece haberse perdido en el tiempo: "mi reino no es de este mundo" . . . "buscad primero el reino de Dios y su justicia y el resto se os dará por añadidura" . . . "mirad los lirios del campo" . . . etc., y cuando los hombres mal intencionados de su época, los fariseos, quisieron forzarlo a una definición de política contingente mostrándole el denario del tributo a Roma, respondió: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Y el mundo en que Cristo vivió 18 siglos antes, no era evidentemente más justo que el que conoció Marx hace ya 150 años; pero, a diferencia de Marx, Cristo no se rebeló contra la injusticia social de su día, porque su misión en la Tierra era hacer religión y no política; adoración de Dios, y no humanismo. Esta es una verdad aparentemente olvidada por el "cristianismo horizontal" de clara inspiración marxista.

Es amargo reconocerlo, pero esta vez, si alguien ha de salvar la civilización cristiana occidental, no será precisamente el cristianismo. Pero desgraciadamente, ésta no es toda la verdad que se oculta tras este problema: la segunda parte, y quizás la más dolorosa, es que la nueva teología del "cristianismo horizontal", en la medida que contribuye a los fines del marxismo, debilita al cristianismo y lo divide, puesto que muchos cristianos rechazan "comulgar con ruedas de carreta", o en otras palabras más precisas, se sienten desorientados, por decir lo menos, cuando la jerarquía eclesiástica no sólo acepta sino que hace suyos postulados como los enunciados precedentemente, y al fin de cuentas no ven cómo las iglesias cristianas actuales de cualquiera denominación, pero la católica principalmente, puedan considerarse continuadoras de Cristo bajo tales premisas.

Quienes predicán, practican o participan de la nueva "religión humanista", o

paganismo disfrazado, llamado "cristianismo horizontal", que como vimos consiste nada menos que en desplazar a Dios de su sitial de honor, exclusivo y central, para reemplazarlo por el Hombre (así con mayúscula, hombre colectivo, llámese "prójimo" o "proletario") olvidan por desgracia el primer mandamiento del "Decálogo", que si hemos de creer a la Biblia, Yahvé o Jehová, Dios de Abraham, entregó a Moisés en el Monte Sinaí hace unos cuatro mil años y que reproducimos textualmente, para refrescar memorias frágiles: "Yo soy Yahvé, tu Dios, que te ha sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás otros dioses delante de Mí. No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en el cielo, de lo que hay abajo en la tierra, de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te prostrarás delante de ellas ni les darás culto, porque yo soy Yahvé, tu Dios, un Dios celoso, que castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian y uso de misericordia hasta mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos" (Éxodo 20:2). ¿Admitirá un "Dios celoso" ser desplazado de su sitial por la imagen genérica o colectiva de su creatura?

Si contempláramos el problema sólo a la luz de los antecedentes enumerados hasta el momento, pareciera que estamos comenzando a vivir el principio del fin del drama marxista de la humanidad, cuyo término, no muy distante, sería la total desintegración del cristianismo socavado por el marxismo ateo, con lo que se habría cumplido el sueño comunista de destruir desde sus cimientos nuestra sociedad cristiana occidental, para construir luego la soñada nueva sociedad socialista sobre sus escombros.

Sin embargo, debe ponderarse en él un segundo parámetro, el desgaste del marxismo, que se inició con Stalin, cuyo despotismo trajo como consecuencia la división del comunismo monolítico heredado de Lenin.

El comunismo nacional es también, como anotamos, otra lacra del marxismo y sólo puede ser catalogado como comunismo en decadencia, que para desgracia de los marxistas abunda y tiende a proliferar cada día más. El comunismo nacional quita el "mesianismo" al comunis-

mo soviético, el "país laboratorio" como ellos se sentían. En efecto, Lenin dejó como herencia un comunismo mundial monolítico, porque tenía grabada en lo más íntimo de su ser la idea que él y su pueblo estaban llamados por el destino a desempeñar un papel trascendental, a salvar a la sociedad humana, y al mundo entero, de la catástrofe capitalista.

El "mesianismo" hace de la destrucción de la sociedad burguesa, del capitalismo, no solamente una campaña política de primerísima importancia, sino que una empresa religiosa, una especie de cruzada que apasiona a todo el ser, llenándole la vida entera, de tal manera que se entrega a esa pasión con un frenesí incontrolable, hasta despreciar la misma muerte en su apasionamiento.

Esta es precisamente la fuerza que se ha perdido, o al menos se va perdiendo con el comunismo nacional.

Y finalmente, atenta contra el comunismo nuestra era actual, la era de las comunicaciones. Hoy es ya utópico pensar en lograr aislar un pueblo; "la cortina de hierro" fue derribada por la televisión, la radio, los satélites de telecomunicaciones, el cine mismo, etc.; la verdad no puede ser ocultada por más tiempo al pueblo ruso en especial, y comunista en general. Y la información trae como consecuencia la reacción de los intelectuales, no obstante las medidas coercitivas del Estado Socialista para acallar las voces disidentes: ellas se escuchan pese a todo, desde dentro y desde fuera, y es así como tenemos un Joseph Scholmer ("Vorkuta, ciudad de esclavos"), un Milovan Djilas ("La nueva clase" y otros), un Eudocio Ravines ("La gran estafa"), un Víctor Kravchenko ("Yo elegí la libertad"), un Alexander Solzhenitsyn ("Archipiélago de Gulag", "Carta a los líderes soviéticos", etc.). Lo que todos ellos nos cuentan o nos explican es estremeedor, sin duda, pero lo es mucho más en sus labios, o mejor dicho en sus plumas, por cuanto nacieron bajo la idea, o siendo extranjeros, la bebieron desde muy jóvenes, y en uno y otro caso la defendieron y creyeron ciegamente en ella, hasta que la realidad los obligó a despertar y a gritar al mundo lo que sabían o habían visto. En este aspecto es especialmente impactante la dedicatoria de Solzhenitsyn en su famoso libro "Archipiélago de Gulag", ya nombrado, que repro-

ducimos textualmente por todo el horror que encierra su significado: "Lo dedico a todos aquellos que no les alcanzó la vida para contar esto. Perdonadme porque no lo vi todo, no lo recordé todo, no intuí todo".

Se quiera reconocer o no, hay aquí sin duda un enfrentamiento entre dos posiciones filosóficas antagónicas: marxismo y cristianismo; ambos se van desgastando, se van destruyendo a una velocidad relativa difícil de precisar; la segunda infiltrada y corroída en sus cimientos por la primera, y ésta, a su vez en un proceso de descomposición por llevar en sí misma el germen de su propia pudrición, como un cadáver, por lo que comienza a caer víctima de sus contradicciones: una teoría utópica y una realidad cruel, un paraíso teórico y un estado donde impera la esclavitud, una clase gobernante privilegiada que se devora a sí misma, y un pueblo que vive sumido en la pobreza material y moral.

Parece indudable que triunfará al final el que logre sobrevivir, y en esto el marxismo lleva ventajas: en primer término por sus métodos de "persuasión", que no es necesario comentar, y luego porque, paradójicamente, "cuenta con el apoyo del enemigo", lo que tampoco requiere de mayores comentarios.

Amigo lector: parodiando lo que alguien dijo años atrás: Si a nuestra civilización cristiana occidental no la salvamos entre todos, sencillamente no la salvará nadie. Y a ese fin tratamos modestamente de contribuir al escribir este artículo.

## CONCLUSIONES

1. Quizás si la primera y más general de las conclusiones que fluye de lo que hemos expuesto sea que el comunismo siguió el único camino posible, y que no puede, bajo ninguna circunstancia, realizar sus fines socialistas. El marxismo no pasa más allá de ser un sueño utópico, cuyo divorcio con la realidad lo condujo a obtener un efecto contrario al buscado por la teoría, llegando así a una injusticia social peor que la que trataba de corregir cuando fue concebido. El hecho que doquiera ha sido aplicado haya llevado a similares resultados, independientemente de la raza, acervo cultural o evolución

del pueblo que lo ensaya, confirma lo dicho como una experiencia obtenida de una realidad generalizada, que hasta hoy no registra excepciones.

2. El marxismo contiene errores filosóficos en su concepción teórica.

a. En efecto el "Materialismo Dialéctico", como vimos, parte de una premisa no demostrada: que la materia es la única realidad. Tal posición era quizás lógica y muy en boga en la evolución científica de la época en que Marx vivió, pero resultaría insostenible hoy en día, por el avance del conocimiento humano, frente, por ejemplo, a la parasitología y otras disciplinas que trascienden ya la materia y que reclaman su sitio junto a las ciencias tradicionales; o no resultaría científica, por decir lo menos, al confrontarla a las ideas al respecto de Einstein y otros genios, orgullo de la especie humana, que llegaron a las fronteras mismas de la ciencia, de una ciencia más de un siglo posterior a Marx y por ende mucho más avanzada que la que él conoció.

b. El Materialismo Histórico, la otra base filosófica del marxismo, como lo señalamos en su oportunidad, no logra explicar la historia de la sociedad humana y sus cambios, como Marx pretendía. Pero, lo que es peor, a casi un siglo de la muerte de Marx, sus profecías no se han cumplido, y la evolución social ha sido casi diametralmente opuesta a la prevista por su doctrina.

3. El mundo en que Marx vivió, pensó y escribió era fundamentalmente diferente al actual, por lo que Marx mismo resulta hoy anacrónico y sus ideas por lo tanto, obsoletas.

a. Históricamente, para ubicarnos en el tiempo, debemos recordar que Marx fue contemporáneo de Bernardo O'Higgins, y que por poco no lo fue también de Napoleón Bonaparte.

b. Científicamente Marx es anterior a las teorías de Einstein, a la desintegración del átomo, a la electrónica, a la mayoría de los avances realmente significativos de la medicina, a varios descubrimientos geográficos y astro-

nómicos, a la cibernética, sólo por señalar lo principal en este aspecto.

- c. En cuanto a los avances de la técnica, Marx pertenece a los balbuceos de la navegación a vapor, es anterior a la aviación, a la navegación submarina, al teléfono, la telegrafía sin hilos, la radio, la televisión, la electricidad, el automóvil, y a la casi totalidad de las máquinas que hoy nos son comunes y han pasado a formar parte de nuestra vida diaria; los viajes interplanetarios en su época eran sólo concepciones de dementes soñadores, y el solo pensar que las máquinas pudieran reemplazar al hombre en muchos menesteres carecía entonces de toda seriedad o base científica.
- d. Políticamente Marx vivió en un mundo en que la forma normal de gobierno era la monarquía, frecuentemente absoluta, y es anterior a la consolidación de la democracia.
- e. Socialmente el mundo que Marx conoció era también diferente: imperaba un capitalismo desmedido y despiadado, y la esclavitud era un fenómeno más o menos frecuente y generalizado. Se desconocían las leyes sociales y de protección a la familia, no existía previsión social de ningún tipo, el analfabetismo era común, se desconocía el sindicalismo, las sociedades anónimas, la partición en las utilidades de las empresas, la mano de obra calificada, la legislación laboral que hoy es corriente, etc. No pretendemos decir que el mundo actual haya erradicado la injusticia social, pero por lo menos la ha disminuído enormemente con respecto a la época de Marx.

4. El remedio que Marx propone para la injusticia social, al minimizarse ésta, resulta desproporcionado al mal que trata de corregir. En efecto, frente al capitalismo victoriano resultaba aceptable pensar en destruir la injusta sociedad existente desde sus cimientos, para construir una nueva sociedad más justa sobre sus escombros; pero hoy que hemos logrado tantos avances sociales, aun cuando no hayamos alcanzado el desideratum de la justicia social en toda su plenitud, ¿se justificará una medida tan drástica como

la propuesta? Si alguien tiene gangrena en una pierna, parece una medida cuerda, aunque dolorosa, amputarla; pero el mismo remedio resultaría un disparate si el mal que sufre en su pierna es sólo un furúnculo. No estamos asegurando que la tenga totalmente sana, estamos conscientes de que no es así, pero ¿el mal justifica la amputación?

5. El esquema estructural de la sociedad de su época, para el cual Marx pensó y escribió, resulta ser diferente del existente en la actualidad. En efecto, Marx conoció una sociedad constituida por dos clases sociales: una burguesía, poco numerosa pero dueña del capital, y por ende enormemente adinerada, y un proletariado abrumadoramente mayoritario, pero desposeído aun de lo más elemental.

Hoy ha aparecido una tercera clase social: la "clase media", cuya característica principal es no ser rica ni pobre, ni burguesa ni proletaria; pero sí mayoritaria en casi todos los países, con lo que el proletariado, además de ser menos pobre, ha pasado a ser minoría. Evidentemente las teorías de Marx no trabajan en una estructura social así.

Para cazar incautos, una vez un marxista dijo, y su aseveración se ha popularizado, que si Jesucristo volviera a la Tierra lo primero que haría sería ingresar al Partido Comunista. No vamos a discutir este disparate, puesto que ellos nos llevaría sólo a repetir lo ya dicho anteriormente, pero nos trae a la mente la pregunta contraria: ¿Qué pasaría si Carlos Marx volviera a la vida? Seguramente apenas entendería este mundo nuevo que le sería tan extraño como a un ser venido de otro planeta; mostraría sin duda comprensible sorpresa ante el auge alcanzado por sus ideas ya obsoletas; repudiaría la forma en que han sido aplicadas y los regímenes por ellas engendrados; y siendo, como fue, un hombre de gran honestidad intelectual, aunque parezca una paradoja, sin duda no sería marxista.

#### Bibliografía:

- 1.—"La Gran Estafa" - Eudocio Ravines
- 2.—"Carta a los Líderes Soviéticos" - Alexander Solzhenitsyn

- 3.—“La Dictadura Marxista-Leninista” - Rigoberto Ramírez.
- 4.—“El Marxismo Invade la Iglesia” - Miguel Paradowski
- 5.—“Breve Diccionario Filosófico” - Lanberg - Kopnin - Pantin
- 6.—“Historia de la China Moderna” - David Nelson Rowe
- 7.—“La Nueva Clase” - Milovan Djilas
- 8.—“Archipiélago Gulag” - Alexander Solzhenitsyn
- 9.—“Cuatro Tesis Filosóficas” - Mao Tse Tung
- 10.—“Citas del Presidente Mao Tse Tung”
- 11.—“Yo elegí la Libertad” - Victor Kravchenko
- 12.—“Economía Política” - Oscar Lange
- 13.—“Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía” - Carlos Marx
- 14.—“Historia Universal” - Espasa - Calpe S.A.
- 15.—“Batallas Decisivas del Mundo Occidental” - J.F.C. Fuller
- 16.—“La Dirección de la Guerra” - J.F.C. Fuller.

